

Sentido y alcance de una posición realista en la actual filosofía de la ciencia

Por CARLOS PARIS

I

La filosofía de la ciencia de nuestros días ha visto levantarse diferentes sistemáticas. El movimiento neopositivista, las ideas de «Dialectica», el insólito brote de un idealismo científico, afín al cual se halla el subjetivismo eddingtoniano. En el flujo y reflujo del puro esfuerzo especulativo de la filosofía y de las regiones nuevas de la experiencia, ganadas por la investigación científica, nacen así direcciones que pretenden comprender los datos de la ciencia positiva desde soberanas posiciones filosóficas. En unas ocasiones, es una filosofía creada por el intelecto sobre los meros datos empíricos de la vida cotidiana, con anterioridad o independencia de los conseguidos por la ciencia, la que se quiere hacer congruente *a posteriori* con la situación de esta última. En otras, es el pensamiento científico el que tomando fuerzas de sí mismo, trata de elevarse al reino de la filosofía para alumbrar en éste una inédita sistemática. Es tal el caso del positivismo, intento hijo de la ciencia, en el cual ella aspira a convertirse en sabiduría última. Sea uno u otro el planteamiento, el campo de la filosofía de la ciencia, terreno de acuerdo entre las exigencias teóricas culminativas de la filosofía y la sólida panorámica del saber positivo, se define claramente. >

En dicho orden aspiran a situarse las consideraciones aquí contenidas. Pretenderemos en ellas hacer ver lo que un realismo significa «como filosofía científica». Es decir, en cuanto busque una interpretación coherente y sistemática de la ciencia de nuestros días desde las clásicas posiciones señaladas tradicionalmente como *realismo*. No interesa en tal sentido volver a definir éstas en su alcance filosófico puro, sino proyectarlas sobre el hecho y estado de la ciencia positiva, para constituir así una filosofía de la ciencia realista. Innecesario es decir que estas reflexiones encerradas en los límites presentes constituyen sólo un mero apunte.

No es difícil, sino por el contrario bien obvio, agrupar un conjunto de figuras definidas como *realistas* en el panorama de la filosofía científica actual. Así, Max Planck, apasionado polemista contra la interpretación de la ciencia en el positivismo como ocupación con puros datos fenoménicos. Así, Bavink, con su monumental obra de síntesis científica encarada con resuelto sentido realista. Así también, Becher o Fischer y, naturalmente, los filósofos de la cien-

cia escolásticos. Algunos de los autores primeramente indicados son encuadrables en la órbita del movimiento gestado a partir de Kant designado generalmente como «realismo crítico» o «metafísica inductiva». Señalada dirección de filosofía de la ciencia, que ha visto la salvación de la metafísica, aceptando parcialmente la crítica de Kant, en la síntesis científica concebida en sentido realista.

Entrando ya en la caracterización de la sistemática realista en el campo de la filosofía de la ciencia, podríamos considerar a la misma desde un doble punto de vista. Valga, al menos, como simple esquema ordenador. En cuanto atiende al problema ontológico, en nuestro caso el cosmológico, pues nos movemos básicamente en el terreno de la ciencia natural; o en cuanto dirige su atención hacia el conocimiento humano. En el primer sentido, la especulación más puramente realista vindicará una *filosofía de la naturaleza*, saber en torno al universo material, cuya existencia y cognoscibilidad es defendida. Y propugnará lógicamente una interpretación del hecho científico que haga compatible su organismo epistemológico con la filosofía natural. Desde el segundo punto de vista entenderá el conocimiento humano en íntima conexión con la realidad. Es en la experiencia donde nuestra concepción alumbrará sus ideas. No cabe para el más genuino realismo construir la filosofía de la naturaleza en términos aprioristas, inatentos para los sectores y novedades ganados en el conocimiento empírico. Por otra parte, nuestro conocimiento conceptual resulta dotado de plenitud de valor *ontológico*. Refleja fielmente una realidad de la cual ha sido desprendido por vía abstractiva.

En estas dos vertientes, pues, podemos considerar las exigencias de una interpretación realista de nuestra ciencia. En cuanto ésta se proyecta hacia una *filosofía natural* en que el conocer del hombre sobre lo material culmina. O en cuanto nos revela este mismo conocimiento y su organización *epistemológica* inviscerados en lo real. >

Enfocándonos hacia el primer orden, el fruto maduro de la filosofía realista de nuestra ciencia será una *filosofía de la naturaleza*. Nada más claro ni de realización más ardua. Por ello lo designamos como obra de madurez. Nuestro tiempo, de populares síntesis científicas, arrogantes en su pretensión filosófica, estaba ayuno realmente, al decir de Nicolai Hartmann, hace cuatro lustros, de una auténtica filosofía natural. No se trata aquí de discutir la precisión de

este aserto, sino de subrayar su valía como testimonio de la aspereza en la tarea que comentamos.

Aun en el campo de la escolástica, en que la filosofía natural ha sido elemento perennemente integrante en la reflexión filosófica, más de una vez en nuestros días hemos visto a los filósofos de la naturaleza rehuir la estricta discusión cosmológica de sus problemas para refugiarse en la paradoja de una «metafísica del ser material»; lo que constituye los principios metafísicos de la filosofía natural y no el modo normal de encarar ésta.

La sinceridad, así, nos obliga a reconocer las dificultades que la elaboración de una filosofía de la naturaleza desde la ciencia actual encierra. La tarea cosmológica, a pesar de éstas, se muestra ineludible desde las posiciones realistas. En ellas es afirmada la existencia del ser material con independencia plena de nuestra aprehensión intelectual. El conocimiento humano, empero, se vuelca a la captura intencional de éste, ganando en ella las quiddidades que constituirán su depósito propio. El universo material aparece, de este modo, como meta de una tarea cifrada en su desvelación. Ya en nuestros días, después de la robusta obra de crítica del conocer científico, cumplida desde el pasado siglo, difícilmente se mantendrá que esta misión es pura y simplemente llenada por la ciencia positiva, como en tiempos de Galileo se pudo pensar. Surge en tal manera, desde los postulados realistas, existencia y cognoscibilidad del ser material, la filosofía de la naturaleza respondiendo a propia vocación. Atendiendo al actual panorama, el derrumbamiento de la teoría física concebida desde una filosofía mecanicista y la influencia del positivismo han hecho vacilar a algunos espíritus ante la posibilidad de una nueva filosofía de la naturaleza. A ello se ha añadido la singular dificultad de interpretación real de conceptos de la vigente *física matemática*. En contrapartida, sin embargo, la aspiración de la física de nuestro siglo hacia una cosmología se patentiza testimoniada por la misma obra de síntesis científica, que pretende algo, precipitadamente, llenar el cometido de aquélla. En tal sentido, desde la literatura tan popularizada de vulgarización científica hasta las cosmologías más serias de Russell o Whitehead. Mientras que en las dificultades realistas de algunos conceptos encontramos, más que un obstáculo hacia una versión ontológica, una liberación del aparato *intuitivo* verdadero lastre en la limpieza conceptual de una filosofía de la naturaleza.

Nos interesa insistir en el modo en que la interpretación realista configura el organismo epistemológico de la ciencia natural. La organización y conquistas de la ciencia positiva deberán resultar «abiertas» a dicha filosofía natural. Así el realismo milita contra la visión inma-

nentista del positivismo o del formalismo, que aspira a convertir a la ciencia en el producto concluso, cerrado sobre sí mismo y opaco a toda exigencia cognoscitiva ulterior.

Esta hostilidad, positivismo-realismo, se concreta en sus versiones antitéticas de la teoría física. Para el positivismo es la teoría una mera ordenación de leyes, en que se manejan datos fenoménicos sin más pretensiones que las de la pura ordenación descriptiva. Para el realismo, en cambio, el tipo culminante de teoría física formula una suposición acerca de la estructura de la realidad material, desde la cual se hacen comprensibles un conjunto de datos y leyes experimentales, que el positivismo renuncia a «explicar» en su más puro sentido. La teoría, de este modo, se abre a la desvelación de un contenido trascendente, término de nuestro conocimiento físico. Nacerá, así, una *filosofía de la naturaleza* que, aun en el grado de mínima autonomía frente a la ciencia, tratará de sintetizar y hacer coherente el edificio teórico de la misma. *La intelección inmanentista y cerrada de la ciencia, en la cual ésta no es un descubrimiento de la realidad, sino una clasificación de datos subjetivos, «sensaciones» de Mach, se niega, por el contrario, toda posibilidad teórica ulterior, al menos, la que pretenda trascender la consideración de su interna organización lógica.*>

Mención particular merece la posición peculiar de algunos pensadores que han tratado de conciliar la afirmación realista de una filosofía de la naturaleza con la interpretación positivista de la teoría física, estableciendo la primera a costa de ésta. Se entiende, en efecto, por estos autores, que la filosofía de la naturaleza debe asentarse basándose en los datos de nuestra experiencia cotidiana sobre la realidad material, mientras que la ciencia resulta estéril desde el punto de vista de la concepción ontológica del mundo físico. Cierta sector de la escolástica representa de un modo más rotundo o matizado esta dirección en la cual destaca Renouirte, y a la cual, globalmente, a pesar de más complejas precisiones es afín Maritain. La figura de P. Duhem ha jugado en esta orientación un importante valor inspirador.

Sobre dicha línea de pensamiento opera ciertamente una intención laudable de precisar las propias fisonomías de ciencia positiva y filosofía, frente a burdas confusiones, pero, a nuestro entender, gravita también cierta confianza y desengaño ante los últimos resultados de la investigación positiva. *Se llega así, tratando de reinstaurar la tradicional filosofía de la naturaleza desde este ángulo, a una escisión entre los saberes científico y filosófico. Al par que la ciencia, tarada en sus decisivos valores ontológicos, queda en difícil situación noética.*

(Continuará)